

El texto original de *Magreb-el-Aksa* fue publicado en 1924 por la editorial Voluntad. La reedición, que aquí se presenta, ha sido realizada por la editorial Ibersaf en colaboración con el CSIC, inaugurando la colección Viajes de Papel. El prólogo, realizado por Miguel Hernando de Larramendi, especialista en relaciones hispano-magrebíes, es una magnífica labor de síntesis que ofrece al lector las pinceladas necesarias para comprender no solo la obra de Cabrera, sino el contexto histórico-científico en el que ésta se desarrolla. Por último, deseo señalar que la reedición de ésta obra se enmarca dentro de las jornadas celebradas en el CSIC (2003) en torno a la figura de Ángel Cabrera, cuyos resultados se han materializado en la publicación *Ángel Cabrera: ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, a cargo de Helena de Felipe, Leoncio López-Ocón y Manuela Marín en 2004.

Irene González González

Universidad de Castilla-La Mancha

LÓPEZ GÓMEZ, Jesús y HERRERO CARCELÉN, Manuel: *Beneficencia en Murcia. Cien años de la Tienda-Asilo*. Murcia. Ayuntamiento de Murcia. 2003, 292 pp.

Es conocido el tópico acuñado por Unamuno de que Murcia era «la ciudad más huertana de España», y también la réplica de Isidoro Reverte calificándola como «la huerta más urbana de Europa». Al margen de la retórica, más o menos ocurrente, lo cierto, como apunta José María Jover, es que estamos en presencia de un enclave mediterráneo de base agraria. La villa y la huerta se compenetran por el género de vida agrícola, la relación propietario-colono y el mercado. Esas relaciones, en el orden urbano, se hacen más visibles cuando en 1868 termina de derribarse la débil cerca de ladrillo y piedra que rodea la población.

Destacan las producciones de trigo, maíz, cebada, habichuelas, pimientos, verduras y frutas, que se exportan a Madrid y otras provincias en grandes cantidades. Los cambios más notables, ya a finales de siglo, se dan con el arraigo de los productos destinados al mercado o a cubrir los pedidos de las factorías conserveras y la ganadería. De este modo se asiste a la expansión de los frutales y del pimiento destinado a la elaboración de pimentón.

Frente a la decadencia de las industrias tradicionales –como la seda– se aclimatan con fuerza las alimentarias. Es el caso de la pimentonera, que se franquea en las plazas nacionales y se introduce en las norteamericanas. En 1900 ya figuran 42 empresas y el 18 de diciembre de 1900 se data el acta de constitución oficial del Gremio de Exportadores de Pimiento Molido. No menos sobresaliente resulta el desarrollo de la conserva, enraizada desde 1890, que en 1900 cuenta con cinco firmas. Tal progresión tiene importantes efectos de arrastre: revalorización de la fruta, empleo femenino, mejora de las plantaciones, despliegue del transporte y de iniciativas conectadas a las necesidades del envasado: pequeña metalurgia, química, madera de embalaje, saquerío, artes gráficas, etc.

A lo expuesto hay que añadir la función comercial de la urbe, que ejerce mediante la feria anual y el mercadillo semanal. La primera, que se extiende entre el 7 y el 15 de septiembre, es lugar de contratación de ganados y granos, concurriendo además menestrales de dentro y fuera de la provincia. El mercadillo se celebra los jueves, acudiendo campesinos a vender sus productos y a comprar los enseres que no producen, lo que concita la presencia de plateros, tejedores, montereros, curtidores y cacharrereros, algunos procedentes de comarcas vecinas.

La facilidad de las comunicaciones y el incremento de los negocios promueven cambios en la hostelería. A las viejas posadas y mesones se unen las fondas y las casas de comidas. El 2 de mayo de 1890 se inaugura el Gran Hotel Universal en el plano de San Francisco. La nueva imagen de la ciudad es la Exposición General de Murcia, abierta el 14 de abril de 1900 en el Jardín de Floridablanca. Cuenta con pabellones destinados a Minería, Industria, Agricultura, Floricultura y Bellas Artes.

Una ciudad pausada todavía por el ritmo del Antiguo régimen. Los adelantos llegan con cuentagotas. La red telefónica se retrasa al 1 de septiembre de 1888, y su coste resulta prohibitivo: una cuota anual de 250 pesetas. El transporte urbano queda en manos de cocheros y tartaneros hasta que el 2 de septiembre de 1896 la empresa «Tranvías de Murcia» explota la línea Murcia-Alcantarilla y dos años más tarde la de Murcia-El Palmar. Su tracción es primero animal, luego en 1902 a vapor y en 1907 eléctrica. La iluminación es escasa. Hay que esperar al 19 de enero de 1868 para que se establezca el alumbrado de gas. La electricidad se demora aún más. Las primeras noticias no aparecen hasta 1900, cuando se autoriza la colocación de focos en Platería y Trapería para iluminar las noches de Carnaval. Pocos pasajes cuentan con farolas y estas no lucen siempre, aprovechándose las noches de luna y apagándose según la época del año a las 12 o a las 4 de la madrugada.

El carácter de agrocuidad que venimos ponderando queda reflejado en la distribución de su término municipal. La población estrictamente urbana apenas supone, en sus mejores momentos, el 30 por ciento. Tal realidad se perfila aún más al analizar su estructura ocupacional. En 1860 el sector primario representa el 61,1 por ciento del total de los activos, frente al 21,5 del secundario y el 17,4 del terciario. Las distancias se acentúan en 1900 ante el hundimiento de la actividad industrial y el retroceso de los servicios, en particular del doméstico, claro trasunto de la crisis inducida en la capital.

La población se estanca a resultas de los años de sequías, riadas y epidemias. Las primeras, con su secuela de hambre, se inician con el siglo y se prolongan durante casi toda la etapa: 1846-47, 1857, 1867 y entre 1875-1878. La epidemia más recurrente es la del cólera, con seis contagios: 1854, 1855, 1860, 1865, 1885 –la de peor desenlace– y 1891. No excusan su presencia la viruela y el paludismo. Las crecidas del Segura son otro azote. Se distingue la del 15 de octubre de 1879, la famosa de Santa Teresa, pero hubo otras en 1884, 1888, 1890 y 1898. Más grave es la mortalidad endémica, vinculada a las condiciones higiénicas y sanitarias, a la vivienda y a la alimentación deficiente, lo que explica la extensión alcanzada por las dolencias broncopulmonares –pulmonía,

bronquitis, neumonía– y las infectocontagiosas: tifus, tuberculosis, enteritis, disenterías veraniegas y paludismo. Conviene subrayar la hecatombe infantil, que supera el 50 por ciento del total de óbitos. Se entiende así que la edad media del murciano fuese sólo de 23 años, cuando el promedio español era de 29. Superado el incierto trecho de la niñez podía alcanzar los 44.

Sobre este marco de referencia se articula la monografía que presentamos, dedicada a una de las instituciones más sólidas de la beneficencia murciana: la Tienda-Asilo Ntra. Sra. de la Fuensanta, popularmente conocida por «la Cocinilla», fusión de beneficencia municipal y caridad pública. Obedece, como en otros lugares de la geografía nacional, a la respuesta de los grupos hegemónicos a la amenaza del hambre y la miseria o, por mejor decir, al miedo a la protesta social.

Con un esquema bien estructurado, se analiza el origen de la institución, su organización, reglamento y patronato. Se dedican páginas de interés al edificio, los servicios prestados –alimentación, albergue, higiene, provisión de mantas y escuela de párvulos–. La financiación es otro epígrafe fundamental, sacando a la luz el patrimonio fundacional, la venta de bonos y servicios, la aportación municipal, los donativos recibidos, las actividades recaudatorias y los legados.

El libro se acompaña con la microbiografía de los personajes relacionados con la Tienda-Asilo: alcaldes, obispos, títulos nobiliarios, directores y miembros del patronato. A destacar los anexos documentales, el excelente cuerpo de láminas y fotografías y la cuidada bibliografía.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

MARCO AMORÓS, Mateo: *Album de cromos. Prostitución en Villena (Alicante), 1906-1931*. Villena, Factoría La Fam. 2004, 191 pp.

A lo largo de la Historia Contemporánea, España siempre ha marchado a rastras del exterior en el espinoso tema de la prostitución. Una cuestión que se debatió en todo momento entre la moral y el derecho, y que en términos prácticos osciló entre la reglamentación y la abolición.

La actividad fue normalizada por primera vez en 1865, a la manera que lo hizo Francia en 1826. Se obligó entonces a las meretrices a inscribirse en un padrón, del que sólo se las eliminaba en circunstancias excepcionales. Con tales providencias se pretendían extender los principios higienistas, mantener el orden y la decencia en las calles y defender a las menores de edad. A tal objeto se impuso la cartilla sanitaria y la reclusión de las oficantes en lugares cerrados. Al margen de los resultados médicos obtenidos, semejantes medidas favorecieron la trata de blancas, acentuaron el estado de esclavitud de las pupilas y fomentaron su explotación.